

Carmen Kruckenberg: 'La normativización ha perjudicado a la lengua que hablábamos'

Al primer libro de la poeta viguesa le puso título Rafael Alberti, uno de sus amigos de la generación del 27

Es un retrato de Medal, pintado en 1925, un año antes de que yo naciera, dice Carmen Kruckenberg, viguesa pese a su apellido germano, en el vestíbulo del piso que habita en el centro de la ciudad, con excelente pintura antigua y mucha de las mejores firmas gallegas, y muchos libros sobados, anotados, muy leídos, en

cualquier rincón de los salones, del cuarto de estar, donde habita el silencio entre ídolos africanos, un café humeante y una camilla con faldas, que invita al diálogo reposado en la primera hora de la tarde, con ruidos atenuados del tráfico urbano entrevisto al través de los visillos que cubren los amplios balcones.

Pablos

—Evidentemente, no ocultas tu edad, puesto que me has dado una referencia concreta en la pintura de Medal.

—¿Para qué? Nací en 1926, de manera que tengo ahora sesenta y dos años. Mentir sobre la edad es una tontería, porque, por muy bien que creas que la llevas, en definitiva se nota.

Gesticula suavemente con las manos, reforzando cada expresión. Es precisa de lenguaje, aparentemente dura y sin embargo cordial. Se entrega al diálogo y escucha, precisa la mirada, casi escrutadora.

—En efecto, mi apellido es alemán, porque mi padre lo era de origen, aunque nació en México. Se llamaba de segundo apellido Sartorius, por lo que resulto pariente del político comunista. Mi madre era gallega, gallega. Se llamaba Sanxurxo y Oza. Vino a Galicia a principios de siglo, creo que en 1912, y aquí se casó. Yo hablaba perfectamente alemán entre los nueve y los catorce años. Ahora, sin embargo, me resulta una lengua difícil.

—Tu dedicación a la literatura es casi precoz. ¿Acaso tu padre escribía?

—No. Dibujaba, y muy bien. Quizá de ahí venga mi afición por la pintura, que es pasión. La dedicación literaria en la familia es anterior, de mi tatarabuelo, que era catedrático de Filosofía, como su mujer. Por razones políticas emigraron de Alemania, pensando en establecerse en Estados Unidos, pero el barco hizo escala en México, en Veracruz, y como tenían algún dinero pensaron que tan bueno era este país como el elegido en principio. Allí se quedaron. Escribió un libro sobre aquel país, excelente, que yo conservo.

Mundo distinto

—Mis noticias son que tu familia tenía un cierto nivel económico. De manera que se puede decir que tú pertenecías a la burguesía acomodada de aquel Vigo de entreguerras. Vamos, si me lo permites, fuiste una niña bien.

—Certo. Fui lo que entonces se llamaba, en efecto, una señorita bien. Además fui hija única, muy querida y muy mimada. Por fortuna el ambiente de mi familia era muy liberal, insólito casi para aquella época. Fui a un colegio mixto, el Alemán, de gratísimo recuerdo. Desde niña leí lo que quise, siguiendo modos de mi padre, que era un gran lector y me incitaba a ello. Me dejaron hacer lo que quería. Incluso viajé mucho, a toda Europa. De manera que era una niña bastante distin-



CAMESELLE

María del Carmen Kruckenberg, poeta.

ta de lo que abundaba en aquella sociedad que precedió a la guerra civil.

La literatura

—Comenzaste a escribir temprano, hasta el punto de que puede hablarse de precocidad.

—Sí. Escribo desde los años cuarenta y tres o cuarenta y cuatro. En el cuarenta y nueve me casé. Nos fuimos a Buenos Aires cuando ya tenía dos libros. Allí, con una escritora argentina bastante famosa, que murió poco después, tuberculosa, escribí una pieza de teatro, titulada 'El fareo' que se ha perdido por completo, porque yo no guardé mi original y la familia de la fallecida quemó absolutamente todos sus papeles.

—También son tempranos los contactos con poetas.

—Comencé a tratar muy pronto a buena parte de los componentes de la generación del 27: Alberti, Aleixandre, Gerardo Diego, Jorge Guillén. Por supuesto, a todos los exiliados gallegos, como Lorenzo Varela, Emilio Pita, Ernesto Guerra Dacal. En Nueva York conocí a Francisco García Lorca, a sus hermanas y a la madre del poeta. A Castelao lo ví dos veces, lo recuerdo muy bien, en mayo y en noviembre del cuarenta y nueve. Cuando murió, en enero del cincuenta, yo estaba en Brasil. Después, ya de vuelta en España, he

mantenido una amistad muy estrecha con casi todos los poetas de la generación del cincuenta, desde Nieto a Garciasol y Anglada.

Lecturas, trabajo

—Comencé a leer a Rosalía desde muy niña. La alternaba con Machado. Más tarde me apasioné por los clásicos y por Cernuda, Lorca y Alberti. Después he tenido que ganarme la vida. Yo he sido una mujer trabajadora, que dedicaba a buscarse el pan a veces hasta doce horas diarias, de manera que me quedaba muy poco tiempo para escribir. Seguía leyendo, pero no escribía ni publicaba. A partir del año setenta, en que publiqué un libro, estuve un largo tiempo si editar nada.

—¿Prefieres alguna hora para escribir, o lo haces en cualquier momento?

—No es que prefiera, sino que por algo que no puedo explicar, sólo sé escribir por la tarde. Por supuesto, siempre a mano. Confieso mi imposibilidad para usar una máquina.

—¿Surge fácilmente el poema?

—Suelo pensarlo mucho. Digamos que lo elaboro mentalmente. Luego lo escribo de un tirón. Salvo que se atranque; que no quiera salir.

—¿Has escrito algo en prosa?

—Un cuento, titulado 'El nieto de la sirena', que publiqué en

1962, con dibujos de la pintora María Victoria de la Fuente, y que voy a reeditar, traducido al gallego.

—¿En cuál de las dos lenguas escribes más habitualmente?

—En una y en otra, indistintamente. Hubo un período en que sólo lo hacía en castellano, ante la impisibilidad de publicar en gallego. Pero mis primeros poemas fueron en la lengua de Galicia.

—¿Se hablaba en tu casa?

—No. Lo aprendí con el casoero de la finca que mi padre tenía en lo que hoy es el polígono de Coia.

Vuelve a las amistades con escritores, que valora mucho.

—Fue Rafael Alberti quien le puso título a mi primer libro, en Buenos Aires. Le leí los poemas y él dijo que necesitaban título. Se le ocurrió 'Cantigas do vento' y con él quedó. Creo que era hermoso.

—Lo es.

Nuestra lengua

—La normalización del gallego, dice la escritora, nos ha conducido a que muchas palabras usuales, expresivas, queden fuera de la lengua gallega. No entiendo su acercamiento excesivo al portugués. Quizá eso sería bueno para modernizar el lenguaje técnico, porque es mejor acudir a un idioma próximo que a otro lejano. Pero también hay que con-

servar la lengua tradicionalmente hablada, que es la que yo aprendí de niña.

Hace una pausa. Enciende otro pitillo y frunciendo el entrecejo, al tiempo que cierra las manos con firmeza, añade:

—El meollo de la lengua hay que buscarlo en casa. La generación de los cincuenta no teníamos la variedad de que se dispone ahora. Sólo contábamos con Rosalía, Pondal o Curros, y algo de Castelao, poco.

—¿Tenemos buena novela en gallego?

—Tenemos mucha novela reciente, y un buen número de escritores jóvenes que sin duda han de dar excelente novela. De todas maneras no se ha escrito nada tan bueno como 'A esmorga' de Blanco Amor, desde que apareció esa novela. En cualquier caso, Galicia será siempre eminentemente poética.

—¿Contamos con ambiente literario en Galicia?

—Contamos con ciudades culturales, principalmente Vigo y A Coruña. Orense, que dio tantos escritores, hoy apenas tiene ninguno. Pero nos faltan las tertulias. Ya no las hay ni aquí ni en Madrid. Las tradicionales del café Gijón han desaparecido también. Yo, ahora, cuando voy a Madrid, me encuentro como perdida. Vigo las tuvo excelentes. Yo recuerdo la de la del Derby, con los pintores Maside, Prego, Laxeiro, y por la tarde la del Alameda, con mucha gente interesante.

La plástica

Carmen Kruckenberg nos muestra, enamorada, las pinturas de artistas gallegos que posee.

—He tenido estrecha amistad con muchos pintores. En Buenos Aires traté mucho a Seoane. La pintura me entusiasma. Mi padre, desde que tenía seis o siete años, me llevaba a los museos. El quiso ser pintor, pero abandonó la idea cuando se dió cuenta de que no podía ser Durero o Velázquez.

—¿Ha llegado el momento de releer?

—Sí. Poesía, sobre todo. A Rilke, por ejemplo. Yo hice una traducción de su trilogía española con Angeles Vázquez de Parga. Es uno de mis grandes, con Rimbaud. En prosa me interesan mucho Italo Calvino y Durrel.

Vivir, vivir

—¿Qué te interesa ahora?

—Vivir. Vivir al sol, en contacto con la naturaleza. Leer. Viajar. Pensar, haciéndolo en el campo, en soledad, que es donde mejor puede hacerse. Dialogar con los amigos, que vienen a casa. Amigos fijos, casi siempre, porque ahora nos citamos en las casas. Yo apenas hago eso que se llama vida de sociedad. Y los fines de semana los paso en el campo.

—Me da la impresión de que, ahora que puedes, disfrutas apasionadamente del ocio.

—En efecto. El ocio es para gozarlo, para mimarlo. Creo que estoy usando de él bastante bien.

Dice que le gustaba mucho más el Vigo de los años cincuenta. Hay cordialidad y una muy velada, pero evidente ternura en esta mujer, trabajadora y poeta.